

do al ejército al servicio de las ideas nuevas ó viceversa; y el ejército le estalló en las manos como un proyectil. Acabar, pues, la obra genuina de Ayutla, la obra de la revolución, poniendo un ejército de civiles mandado por civiles frente á los profesionales de la guerra, era cumplir con un programa revolucionario.

¶ Y hay que pensar que este programa no podía llevarse rigurosamente á efecto, que no se improvisan ejércitos populares, sino haciéndolos fermentar con la levadura de los ejércitos permanentes. Tal es la historia de la Revolución francesa, que luego fué maravilloso instrumento de combate en manos del Capitán del Siglo. Algo así sucedió en «la guerra de tres años»; nada se desdeñó de cuanto, ó por convicción ó por interés, pudo venir del campo enemigo ó del grupo de los que se reputaban conocedores del nuevo arte de la guerra (Uraga, Ampudia, Álvarez, Valle...); mas la dirección, la organización, la palabra decisiva en los problemas de la campaña, ya estratégicos, ya tácticos, la tuvo Degollado y éste pudo ser un veterano, pero nunca un capitán. Conoció todas las privaciones, todas las necesidades del soldado, las vivió, las amó; fué como uno de esos jefes insurgentes que pasaban del altar, del despacho, de LA HACIENDA, á los campamentos, y á poco parecían haber nacido soldados, por lo bien que se connaturalizaban con los sufrimientos, con la crueldad de sus contrarios y con la suya misma, y con el valor, y con la muerte. Y fué verdaderamente singular que un jefe supremo del ejército, en virtud de la delegación expresa que de sus atribuciones hizo en él el Presidente Juárez, comenzase por declararse imperito é inhábil en los asuntos de la guerra en un manifiesto que circuló profusamente. En verdad, el partido liberal dejaba todos sus TRIUNFOS en las cartas del enemigo.

¶ Juárez tuvo en el nombramiento de Degollado un soberano acierto; su intuición fué infalible. Ya lo dijimos; se necesitaba, frente á las huestes disciplinadas y mandadas de la reacción, una sola cosa: voluntades. Frente al poder militar, la potencia moral. Una potencia moral capaz de hacer surgir por dondequiera el elemento de lucha arrancándolo por deseo de revuelta, por miedo, por fuerza, por apego á las ideas nuevas de las poblaciones rurales, de las pequeñas plebes urbanas, de las grandes, cuando alguna ciudad importante, San Luis, Guanajuato, Guadalajara, León, pudiera ser debelada. Y llevar estas masas al contacto resuelto, pronto, febril, con los ejércitos organizados para enseñarlas á combatir combatiendo, para hacer de la derrota una perpetua enseñanza, para determinar así una selección cuyo resultado fuese la formación del nuevo ejército bien armado, bien fogueado, bien golpeado, un ejército hecho á martillazos, bronce repujado.

¶ Mas la condición primera de este resultado era que el resorte moral no se aflojara, no se rompiera; que el jefe, es decir, el caudillo tuviese bastante confianza en el resultado final; que lo creyese fatal, indeclinable, obra de Dios, acto de la Providencia, necesario, en suma, en el Plan divino. Y que de esta convicción extrajese la fuerza de convertir los reveses en alientos nuevos, para las batallas perennes, hasta que surgiera de la derrota constante la victoria única, la que lo concluiría todo.

¶ Eso fué lo que vió Juárez en el SER MORAL de Degollado, y esa clarividencia fué la fortuna de la República; Degollado era invencible como hombre; como gene-

ral no sabía más que dejarse vencer. Sus palabras al ejército al tomar el mando parecen un SURSUM CORDA: «Las circunstancias difíciles que nos cercan y más que todo mi insuficiencia y mi falta de pericia militar, debieran hacerme rehusar el mando del ejército federal, si no fuese indecoroso para un hombre de honor volver la espalda al peligro y pensar en la prolongación de la vida cuando vivir en la esclavitud es morir y desmerecer la estimación pública, peor que todas las muertes. Aquellos de vosotros, compañeros de armas, que no tengáis fe en la santa causa de la democracia, aquellos que no sintáis latir un corazón patriota y desinteresado, aquellos que no podáis ver con indiferencia los horrores de la insurrección general que amenaza los intereses y las familias de todos los ciudadanos, aquellos de vosotros que no sintáis humillación ni vergüenza hincando la rodilla ante el poder tiránico de las preocupaciones y los abusos, apartaos, salid de entre los hombres libres y gozad la tranquilidad de los sepulcros. Mas los que tengáis convicciones, los que sintáis la conciencia del deber y la justicia..., afirmad esas armas que la Nación ha puesto en vuestras manos, acudid al sostenimiento del Gobierno legítimo, que es el depositario de las leyes... Seamos, compañeros, los guardianes fieles de las leyes, los defensores intransigentes de los derechos de la humanidad y el brazo fuerte de la civilización del siglo.»

¶ El Presidente Juárez se embarcó en el Manzanillo (Abril de 58), no para ir al extranjero, sino para ir á otro puerto de la República, aun cuando fuese pasando por un país extranjero. Su legitimidad constitucional quedaba intacta por este viaje. El artículo que prohíbe al Presidente dejar la residencia de los poderes federales y separarse del ejercicio de sus funciones, sin licencia previa del Congreso de la Unión, no podía tener aplicación al caso. En Juárez, en su título de Presidente, único que existía en el orden constitucional, estaban sumados y concentrados todos los poderes legítimos, y ni podía dejar la residencia de los poderes federales, porque él era LOS PODERES FEDERALES, ni abandonar sus funciones, porque no las abandonó, y porque no existiendo el Congreso á quien pedir licencia, él se la habría tenido que pedir á sí mismo.

¶ Después de haber atravesado el istmo de Panamá y de haber tocado en la Habana (sin desembarcar, por supuesto, dada la extrema desconfianza que las autoridades españolas le inspiraban) y en New Orleans luego, se presentó en Veracruz, en donde ni había ni podía haber duda sobre su legitimidad. Era el 4 de Mayo de 1858. Ese día quedó la reacción condenada á debatirse en sus triunfos militares de un día, en sus victorias sin salida; Veracruz le quitaba el contacto con el comercio del mundo. Mientras durase el dinero de los obispos estaba bien; pero por mil circunstancias éste tendría que agotarse; los bienes raíces, bajo la amenaza de no ser tenidas como buenas por el Gobierno constitucional las operaciones que con ellos se hicieran para subvenir á las necesidades del Gobierno de hecho, no podrían ser indefinidamente transmutables en metálico, y entonces la

reacción se asfixiaría; para ésta era necesario, indispensable, SINE QUA NON, adueñarse de Veracruz. Precisamente con el objeto de poder aglomerar sobre ella todas sus fuerzas, la reacción luchaba desesperadamente en Jalisco, en San Luis, en Zacatecas, en Oajaca; pero, ¿y el mar? No había más que una esperanza: España. Bien lo sabían los liberales y por eso no quitaban los ojos de los Estados Unidos; allí estaba tratando de hacerse recibir como plenipotenciario el hijo político de Ocampo, el Dr. Mata, hombre consagrado con ardor profundamente reflexivo y con una especie de devoción humanitaria al triunfo de los principios reformistas. Y ese ardor era completamente intelectual, su llama era cerebral, digámoslo así, no sentimental, porque su temperamento era frío, era polar. Conocía mucho á los americanos y en ellos había pensado mucho y los admiraba, lo que encontramos perfectamente lógico; pero el Sr. Mata no era dueño de hacer caber en su pecho, ante la insólita grandeza de aquella parte estenua de la humanidad que se aloja entre el Bravo y el San Lorenzo, otro sentimiento que el de la admiración; era una incondicional admiración la suya.

¶ El año de 58 trajo á las almas de todos la profunda convicción de que la lucha, así como la sostenida por los insurgentes, iba á ser sangrienta y larga; en realidad no era más que el último gigantesco episodio, aun no el epílogo, de la primera revolución; la primera deshizo el régimen político colonial, la segunda el régimen social; ambas, al deshacer tamaña construcción, llenaron el ambiente con el polvo de las ruinas; lo respiramos todavía.

¶ Cuando Juárez se embarcó en el Manzanillo no dejaba ningún recurso valioso en poder de los reformistas de Jalisco y Michoacán, pero sí los había importantes en el Norte: las fuerzas de nuestra frontera nordoriental siempre se manifestaron adictas á la Reforma, á pesar de las terribles oscilaciones que imprimía al péndulo político la ambición de Vidaurri, que aspiraba á constituirse un cacicazgo autónomo en Nuevo León, Coahuila y parte de Tamaulipas; la relativamente corta importancia del elemento clerical en aquellos Estados semidesiertos, el contacto frecuente con los americanos, á quienes detestaban, pero á quienes imitaban, y la antipatía invencible al Centro, hacia de aquellos rancheros los partidarios obligados de todo el que alzase la bandera federal y anticonservadora. Las fuerzas fronterizas eran temibles por su valor, por su robustez, por la rapidez de sus correrías aprendidas en la persecución constante de los salvajes y por cierto desprecio hacia la cultura y el refinamiento que atribuían á la sociedad de los grandes centros urbanos; eran, como LOS BOEROS, todavía entonces desconocidos, admirables para toda guerra que no exigiese campañas demasiado largas y disciplina demasiado estricta. El jefe nominal de todos estos elementos militares era el gobernador Vidaurri; los verdaderos caudillos eran Juan Zuazua, que llegó á ser el capitán de guerra más popular entre los reformistas y el más odiado entre los reactivos; Arámberri; el licenciado y luego general D. Miguel Blanco, hombre ponderado y tranquilo, ejecutor por extremo frío de combinaciones sumamente audaces, sin genialidad militar de ninguna especie, pero con tenacidad inflexible de partidario resuelto á todo. En menos escala estaban otros que luego marcaron, como Escobedo, un buen jefe de caballería entonces, Hino-

josa, etc. Y en escala superior Ignacio Zaragoza. En los días del pronunciamiento de Zuloaga contra Comonfort, en un mesón del Oriente de la capital se alojaban unos cuantos RANCHEROS del Norte con su comandante que ya había tomado parte en la revuelta antisantanaista; MOTU PROPRIO se había batido en su punto con tal éxito que los reaccionarios no merodeaban por allí. «Dos mil de los míos en este instante, decía Zaragoza á un amigo que esto me relataba largos años después, y les quito la Acordada, la Ciudadela y LAS GANAS, y luego ahorco al arzobispo.» ¶ No habremos de ser nosotros quienes absolvamos á los matadores de los prisioneros de guerra en las contiendas civiles, sino cuando sea en cumplimiento necesario de una ley de antemano dictada por tremenda necesidad política; pero los juicios en historia no tienen por objeto condenar ó absolver á tales ó cuales actores en el temeroso drama; no son juicios penales, sino lógicos; los juicios históricos tienen por objeto explicarse mejor una situación ó comprender mejor á un hombre. El estado de ánimo de los liberales de combate no era, no podía ser, la serenidad; era una especie de exasperación febril proveniente de los triunfos insolentes de un partido que parecía vencido ya y resurgía en los campos de batalla con ilimitados bríos. ¿Gracias á qué? Gracias á la lenidad, á la benignidad estúpida (éste era el irreverente calificativo usado) del general Comonfort. Si Comonfort hubiera fusilado á dos docenas de corifeos de la reacción, como pudo hacerlo, como estuvo en su pleno derecho de hacerlo, porque la mayor parte de ellos no sólo eran rebeldes sino desertores, el ejército no se habría movido y la reacción que en él se apoyaba habría quedado reducida al papel de aspirante, DE OJALATERA, como se decía en la jerga política de Méjico. Un propósito firme nació de aquí: descabezar al ejército privilegiado, matarle sus caudillos, fusilar á sus oficiales superiores. Cuando, en los meses que siguieron á la derrota de Parrodi y á la toma de Guadalajara, las huestes fronterizas bajaron á San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes, con objeto de adueñarse del Bajío en combinación con los grandes grupos reformistas que organizaba Degollado en el Sur de Jalisco y Michoacán, Zuazua logró apoderarse de Zacatecas, que Miramón había dejado bien guarnecida, marchando á San Luis, que estaba á punto de caer en manos de los que ya eran famosos en el interior con el nombre de TAGARNOS y con quienes se había medido, al forzar, después de gravísimas pérdidas, el Paso de Carretas para penetrar en San Luis. Zuazua en Zacatecas, tomada á viva fuerza, se encontró entre sus prisioneros con el coronel Landa, el rebelde que estuvo á punto de capturar y asesinar á Juárez; y entonces lo hizo fusilar lo mismo que á su jefe Manero y á otros compañeros suyos. La guerra sin cuartel entraba en escena con el acto feroz de Zuazua; para cambiar su bandera negra los liberales necesitaron comenzar la era de los triunfos definitivos.

¶ Mientras el Gobierno de Méjico se disponía á iniciar una gran campaña para aniquilar á los fronterizos, que tenían en jaque á Miramón en San Luis, el Sur de Jalisco en plena conflagración, gracias á la actividad de Degollado y Ogazón, daba nacimiento á la primera división del ejército federal que avanzaba hacia la capital del Estado, en donde gobernaban como dictadores los generales Casanoya y Blancarte, el idolo de la plebe de Guadalajara, á la que pertenecía. Unido

un grupo de la división del Norte con la de Jalisco, comenzó el primer sitio de Guadalajara tres meses después de haber sido destruido en Salamanca el ejército de la Coalición.

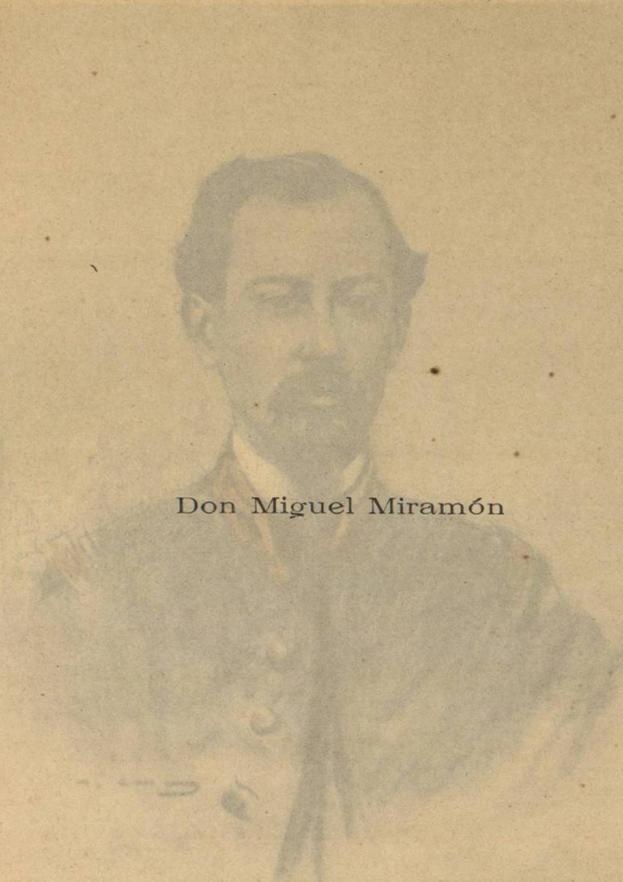
¶ No podía negarse la actividad á los reformistas; con más elementos militares, porque disponían del viejo ejército y de la capital, verdadero centro militar del país, y del clero que daba con doloroso entusiasmo (decimos DOLOROSO porque comprendía que había llegado el fin de su período de riqueza, ya sea porque se la quitasen los reformistas, ya porque se la pidiesen los reaccionarios), pero que siempre daba; con más elementos, decimos, el Gobierno reactor competía con su adversario en esfuerzos; la sangre mejicana parecía tener reservas enormes, sobrantes inagotables, cuando tanto empeño había en ver quién derramaba mayor cantidad sobre el suelo surcado más por el cañón que por el arado. ¡Estupenda impiedad!

¶ Osollo, que organizaba fuerzas en la capital, para acudir, ya al Interior, ya al camino de Veracruz en auxilio de Echeagaray encargado de apoderarse de la plaza, decidió unirse con Miramón para hacer allí algunas cosas definitivas; hizo así, llegó á San Luis, lanzó á Miramón sobre Guadalajara, que corría riesgo de sucumbir y que el joven caudillo libertó con sólo su presencia, y se dispuso al gran duelo con Zuazua; un germen patógeno lo retuvo en tierra cuando daba el primer alazo, y el tifo lo mató. La reacción lo lloró en todos los campamentos, en todos los templos, en todos los salones, en todos los periódicos; los liberales callaron; ese adversario les era simpático. Recordaban que el Gobierno constitucional había sido incansablemente generoso con él, pero que él siempre había manifestado su decisión de luchar por los fueros de su clase hasta morir. ¡Lástima de oficial mejicano, de temple caballeresco como espada toledana! Quizás más tarde la voz de la República lo habría llevado á su verdadero puesto de honor durante la invasión francesa, para morir como merecía y en unión de muchos de sus compañeros de armas, envuelto, no en la bandera de una guerra de hermanos, sino en la de la Patria.

\*\*\*

¶ Lo reemplazó el general Miramón; hombre de gran espíritu, de gran arrojo, de gran poder de fascinación sobre el soldado (el soldado suyo y el del enemigo) y de gran suerte. Tenía en la sangre la religión de los privilegios de las clases condenadas á la igualdad por Juárez, como una religión de honor; también tenía la religión de sus mayores, era un creyente; nunca fué un fanático.

¶ Pero el estado mayor de los ejércitos reactores estaba ya completo: los desterrados habían vuelto; Leonardo Márquez, Corona (no hay que confundirlo con el general republicano), Woll, Severo del Castillo, todos habían vuelto ya y todos estaban listos para combatir. En Julio resonó una proclama lúgubre en Acámbaro; el general en jefe de la división del Poniente decía á sus soldados: «¡Mis amigos, la sangre de Vega y Aljobín, de Orihuela y Manero, de Landa y otros clama venganza!» Odio recalentado, tumbas viejas removidas. ¡Aljobín, muerto com-



Don Miguel Miramón